

MI PRESAGIO.



Españoles: vosotros á quienes el zelo de la Religión Católica, el amor de vuestro desgraciado Rey Fernando, y la salud de vuestra Patria os inflama y devora desde que se rasgó el velo que encubria la atroz perfidia del Emperador de los Franceses: vosotros que os hallais libres del contagio que inficiona á muchos de vuestros compatriotas, que torpemente tranquilos esperan todavia los resultados halagüeños y felices de la influencia del ilustre Protector de la Europa, como ellos mismos dicen: vosotros que os tapais los oidos por no escuchar los elogios que la mas baxa y servil adulacion prodiga al mas infame de los hombres, y que apartais la vista por no leer los odiosos planes de felicidad que nos describen quatro plumas sin fe, sin probidad, y sin virtud, dirigidas únicamente por la sórdida ambicion, ó por otros intereses todavia mas sórdidos: vosotros, Españoles, los que sois dignos de este nombre, abrid ahora vuestros oidos para escuchar los modestos clamores que la tímida piedad os envia, y despejad vuestros ojos para ver el monstruoso desórden que nuestros *intimos aliados* introducen donde quiera que fixen su insolente pie.

Mas ¡ ay ! ¿ y cómo podreis verlo sin gemidos ? Sin que vuestras mejillas se bañen en lágrimas de sangre, ¿ cómo podreis ver los robos, las violencias, las feas y horribles crueldades de unos enemigos fieros entregados á la avaricia, á la embriaguez y á la lascivia ? Aquí un anciano padre llora la suerte de sus hijos, que arrancados de su lado, los ve atar con violencia para condenarlos al continuo servicio de las armas : allí se lamenta en vano un esposo viendo ultrajada en su presencia á su infeliz esposa, que todavia mas en vano pro-

cura oponer su débil resistencia á la fuerza con que se la oprime : acá una madre desconsolada levanta sus amargos gritos hasta el cielo viendo reperir en su inocente hija los excesos que acaba de executar en ella la furiosa luxuria de aquellos bárbaros : allá escucho los clamores de los Religiosos santos, que imploran el socorro del cielo al ver convertidos en quarteles sus Conventos, y trocadas sus Iglesias en establos : mas allá percibo los tristes y miseros lamentos de las vírgenes sagradas, que oprinidas de dolor, pálidas y penetradas de horror y espanto, esperan por instantes el oprobio y la muerte que les amenaza : en fin, por do quiera que aquellos sacrílegos soldados sientan su infame planta, no se ve sino sangre y horror, estragos y muertes.

Estas son, valerosos Españoles, estas son las felicidades que el pérfido Napoleon procura á nuestra Patria : ¿y habrá todavía alguno entre vosotros que ño se embravezca contra un tirano tan feroz, y contra quantos tienen la osadia de militar baxo de sus ignominiosas banderas? No, no es creíble : ántes por el contrario veo renacer en vosotros aquel genio marcial, que era en otro tiempo el genio de los Españoles, y me prometo ver en breve al fiero Napoleon mordiendo la cadena Española ; y ved aquí mi *Presagio*.

Yo veo á Fernando VII sentado ya en el trono de nuestra España, y que baxo su feliz imperio se renuevan los de Fernando el Católico, de Carlos V, y de Felipe II, quando el dialecto castellano era la lengua de todas las Cortes, y quando la España tenia eclipsada la gloria de las demas Naciones : yo veo renovarse baxo de su cetro el ministerio del Cardenal Cisneros, de aquel hombre extraordinario, que supo ser generoso sin profusion, y grande sin fausto ; de aquel politico incomparable, cuya penetrante perspicacia descubrió los fundamentos sobre que se engrandecen los imperios, y

las causas de su decadencia : de aquel hombre en fin, por cuya elevacion de espíritu y vuelos políticos se atraxo la España la admiracion de la Europa atónita. Yo veo á nuestro amado Rey Fernando proteger altamente la Religion católica, y exenderla á la sombra de su imperioso cetro : veo renacer los Gonzalos de Córdoba, los Raymun los de Cardona, los Pedros Navarro, los Marqueses de Pescara, que militaron con esfuerzo en favor de los Romanos Pontífices : veo renacer los Corteses y los Pizarros que conquistaron un nuevo mundo, por mas que procure desmentirlo el nuevo Diarista (*) y bastardo Español, que en la misma Corte, y á la faz de todo el mundo, mancha atrevidamente el honor de sus Monarcas, y ensalza las felicidades que nos promete del Gobierno Frances : veo renacer los Antonios de Leva y los Marqueses del Vasto, cuyo valor fué un dique que detuvo las armas de Soliman que se derramaban por el Austria como un torrente impetuoso : veo reproducirse aquellos esquadrones guerreros que hicieron temblar al calvinismo en los campos de Dreux, y á los Comendadores de Requesens y Duques de Alva, que fueron el terror de los protestantes de Holanda : en una palabra, baxo el imperio de Fernando, veo sentada pacíficamente en su trono la Religion augusta dictando sus leyes de paz y de concordia.

Todavía me parece ver ulteriores felicidades. Al abrigo de Fernando, sin espantarse del estrépito de las armas, veo al bello Apolo templar su lira encantadora, y á sus hechiceras Ninfas entonar sus cantos armoniosos á la grata sombra del pacífico laurel : veo á Fernando dexar el campo de Marte para oír las Musas Es-

(*) Véise el Diario de 25 de Mayo de 1808, artículo de la Política. El espíritu que anima á nuestro buen Diarista, se verá si se leen todas las liudezas que nos dice en sus escritos.

pañolas, como lo dexaba Augusto para escuchar los cantos de Virgilio: le veo esgrimir la espada con una mano, y coronar con la otra á sus Poetas, como el invicto Carlos ceñía la corona al Ariosto sin soltar la espada: veo renacer otros ilustres genios que igualan al de Garcilaso de la Vega, el qual sin olvidar su dulce lira, milita como valentísimo soldado en la defensa de Viena y sitio de Tunes; al de Alonso de Ercilla, que *tomando hora la pluma, hora la espada*, pelea como guerrero en Chile, se halla en la jornada de San Quintín, escribe como historiador, y canta como poeta; al del gran Cervantes, que peleando con denvedado en la famosa batalla de Lepanto, se adquiere despues gloria inmortal con su fértil, graciosa y eloqüente pluma: veo renacer aquellos hombres grandes que sabian hacer cosas dignas de escribirse, y escribian cosas dignas de leerse: en fin, baxo el imperio de nuestro suspirado Rey Fernando veo renacer las bellas letras y las profundas ciencias, las artes y las armas, la agricultura y el comercio, la abundancia y la felicidad.

Esto es, ó Españoles, lo que yo veo, y esto es lo que os presagio: mas para que este se verifique, el primer paso es la entera destruccion de esos enemigos que huellan indignamente nuestro suelo, y la del feroz debastador de la Europa que los manda: sin este paso indispensable seguramente saldrán vanos *mis Sueños y mis Presagios*. Animo pues: armaos de valor y de intrepidez; pero á la intrepidez y al valor unid la honestidad, la modestia y la probidad de costumbres, que es lo que forma el carácter de un buen guerrero: de esta suerte el Dios de las Batallas peleará por vuestra causa, y alcanzareis la suspirada victoria.